



J. CASTILLO.

JOAQUIN CASTILLO.

LA época más aciaga para México se indicaba ya. Era el año de 1846, en que aún estaba muy reciente el destierro del General Santa-Anna y los que habían sido sus Ministros; uno de tantos castigos que recibió el gobernante ambicioso por excelencia, el hombre que cubriéndose con el velo de la hipocresía, y explotando el espíritu de fanatismo, proclamaba la dictadura y enajenaba la Mesilla, una gran faja del Territorio mexicano, fué el de condecorarse con un distintivo de la Orden de Guadalupe.

A la sazón, una parte del continente mexicano, de ese continente que hoy bañan los rayos fecundantes del sol de la libertad, se incorporó á los Estados Unidos del Norte, y la patria, con semejante ingratitude, que no basta á castigar la historia, se prepara con sus buenos hijos á las luchas desiguales, pero honrosas, que le amenazan, si quiere mantener orgulloso el pendón tricolor que se ha levantado ya sobre un montón de cadáveres y ha reflejado sus garantías sobre un extenso lago de sangre.

La hora funesta para México había sonado ya en el reloj supremo de sus destinos, que eligieran para cumplirse, á hombres como el General Paredes, á quien se le confió el mando de una División para que atacara al Ejército norte-americano que venia á las órdenes del General Taylor, y se pronunció en San Luis Potosí el 14 de Diciem-

bre de 1845, volviendo contra el Gobierno de D. José Joaquín de Herrera, á quien derriba con el apoyo de la guarnición.

El Gobierno habia puesto en las manos del General Paredes, armas contra un ejército invasor, y él hace uso de ellas para hacer caer á ese Gobierno, ayudado por un ejército sin convicciones propias, como lo es nuestro soldado.

¿Qué otra cosa guiaba al General Paredes al obrar así, sino su ambición de gobernar el país, móvil que más de una vez ha originado las frecuentes revoluciones, haciendo que el ciudadano se levante con un puñado de imbéciles que le forman escala para que ascienda, sin comprender que una vez arriba, tratará de destruir esos escalones, es decir, olvidará á los que le han elevado.

En efecto, una *Junta de notables*, tan notables como los que fueron á Miramar para despertar más la ambición del desgraciado Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, nombró Presidente de la República al General D. Mariano Paredes, al mismo que no supo mantenerse en su puesto para defender la integridad nacional.

La hora de las terribles luchas habia sonado para México, hemos dicho, y tenian que cumplirse sus destinos.

En Abril de 1846, el Ejército norte-americano avanzó sobre nuestras fronteras, cayó sobre Matamoros y levantó sus fortificaciones en la margen izquierda del rio Bravo.

El General D. Mariano Arista, con ese valor que solo puede dar el patriotismo, siendo Jefe de las tropas mexicanas, atacó al enemigo invasor el 8 de Mayo, en Palo Alto, donde tras un largo y reñido combate, se retiró á la Resaca de Guerrero, donde fué totalmente derrotado.

La superioridad estaba por parte de los norte-americ-

nos, y nuestro Ejército se vió precisado á replegarse en la villa de Linares, abandonando el Estado de Matamoros, sitio que fué ocupado por los invasores el 18 de Mayo, con lo que terminó el primer período de esa memorable campaña que por la desigualdad de fuerzas, armamento y otras muchas circunstancias especiales de aquella época, proporcionó á la República mexicana el triunfo de un vencimiento honroso.

En tanto el General Paredes, cuyo gobierno no podia dar buenos resultados por la manera de constituirse, eligió para su Gabinete hombres de ideas monárquicas, con la esperanza de efectuar más tarde un cambio radical en las instituciones políticas del país.

Ocupado Paredes en estas maquinaciones, no atendió, como debió haberlo hecho, á defender la integridad nacional, hasta que vino la revolución que estalló en Guadalupe el 20 de Mayo de 1846, acaudillada por el General D. José María Yañez.

El General Paredes, que sentia oscilar bajo sus plantas el pedestal donde su ambición le colocara, quiso marchar contra los revolucionarios, nombrando al efecto, para sustituirle en la Presidencia, á D. Nicolás Bravo, quien tomó posesión del Gobierno en 29 de Junio de aquel año, ejerciendo su cargo hasta el 4 de Agosto, en que el pronunciamiento de la Ciudadela, promovido por el Comandante Militar de México, General D. José María Salas, cuya revolución secundaba el Plan de Jalisco, desconoció el gobierno de Bravo y Paredes. Este último aún no habia salido de la Capital, é intentó atacar la Ciudadela, pero sus tropas le abandonaron por las calles de la Capital, y se vió obligado á huir de ella ántes de pagar con su vida

su antipatriótico comportamiento, siendo alcanzado y desterrado de la República.

Electo Presidente D. Mariano Salas, nombró un Gabinete compuesto de liberales moderados, el cual expidió un decreto el 22 de Agosto, restableciendo la Constitución de 1824, que se había olvidado desde mediados de 1834, organizó la Guardia Nacional y convocó á elecciones para formar el Congreso, el que se reunió en 6 de Diciembre, nombrando Presidente interino al General D. Antonio López de Santa-Anna y Vicepresidente á D. Valentin Gómez Farías. El primero tomó el mando del Ejército, y el segundo se encargó de la Presidencia el 24 de Diciembre de 1846, ejerciendo el Gobierno hasta 27 de Marzo de 1847.

De esta época arrancan los acontecimientos más calamitosos para México, esos días terribles de luchas sin descanso, en que la Nación sentía sobre sí el más infame de los yugos ejercido por la raza maldita del Norte.

En ese memorable año de 1846 vino al mundo el Sr. D. Joaquin Castillo, hijo de D. Cristóbal Castillo y de D.^{ca} O. Aguilar.

Su país natal es el Estado de Tlaxcala, esa Entidad Federativa, que no por ser relativamente pequeña, deja de tener importancia en la Confederación Mexicana, pues el tráfico que sostiene con los Estados limítrofes, le proporciona una riqueza que contribuye poderosamente á la de la Nación.

Tlaxcala es la cuna del inmortal Xicotencatl, de ese bravo guerrero que al frente de un numeroso Ejército, contribuyó á la caída del último Emperador azteca, el desgraciado Cuauhtemoc.

Las bulliciosas aguas del Zihupán, que se despeñan de los altivos senos de Tlaxco y llevan su caprichosa corriente al Estado de Puebla, donde se unen á las del Atoyac, la hermosa Sierra de la Malintzi, que se levanta majestuosa coronada de nieves eterales; el Cuatlaponga y el Cuetzcotzi, esos senos que son como los inmóviles centinelas avanzados allá en los pósteros del Estado; las extensas lagunas de Tenecuilá, Acuitlapiler y el Rosario, purísimos espejos que retratan el cielo siempre límpido y esplendoroso, todo ese conjunto armonioso con que habla la Naturaleza, hace del Estado de Tlaxcala un suelo privilegiado y hermoso.

Su clima no lleva á los hogares las epidemias que tanto afligen, sino el perfume de las flores que roba al besarlas, y la frescura de la exuberante vegetación.

Los años más felices de la vida, los únicos en que el hombre está libre de todo sufrimiento, los pasó el Sr. Castillo en la ciudad de su nacimiento. Allí adquirió la instrucción primaria en varios establecimientos dirigidos por inteligentes profesores, y la terminó con notable aprovechamiento, ocupando siempre los primeros lugares en las clases, y obteniendo igualmente las más altas calificaciones.

Los escasos recursos con que contaban sus padres, no permitieron que aquel niño que tantas pruebas había dado de su inteligencia y disposiciones para el estudio, continuara una carrera profesional, y fué preciso consagrarle á un oficio, para que más tarde tuviera un patrimonio.

Muy pronto adquirió el perfeccionamiento en ese oficio mencionado, por su honradez y cumplimiento en todos los

trabajos que se le confiaban, y una reputación muy buena en toda la sociedad.

Casó con la Srta. Victoria Munueta, jóven de una familia distinguida, que con sus virtudes y cariño vino á endulzar las penas del Sr. Castillo, haciéndole olvidar su pasado, para entregarse solo á la vida del amor.

Desde el año de 1864, época aciaga que dió principio á la guerra funesta de la intervención, hasta que se sitió á la capital de la República, nuestro biografiado prestó á la patria los servicios más importantes, contribuyendo con su individuo á engrosar las filas de los buenos mexicanos.

Sirvió en clase de Sargento 2.º á las órdenes del Coronel Baltasar Tellez y del Jefe del mismo grado, Paulino Noriega, y como Sargento 1.º y Alférez, á las del Coronel D. José María Pérez.

Entre las muchas acciones de armas á que concurrió el Sr. Castillo y en las cuales la patria se cubrió de gloria, pueden citarse: las de Atotonilco el Grande, Ixmiquilpan, Huichapan, Real del Monte, Pachuca y Texcoco. También estuvo en la persecución del General Márquez, hasta la hacienda de San Diego Natorio, camino de Huamantla, donde fué atacado dicho General, persiguiéndole hasta San Lorenzo, donde fué completamente derrotado.

Terminado el sitio de la Capital, le fué concedida licencia absoluta por haberla solicitado, y el Sr. Castillo se retiró á la vida privada.

Residiendo en Tlaxcala, fué nombrado, en 15 de Junio de 1868, escribiente del Juzgado de 1.ª Instancia, pasando en 14 de Abril del siguiente año á prestar sus servicios con el mismo empleo á la Tesorería General de Ren-

tas, donde ascendió hasta Oficial 1.º el 19 de Octubre, en que suprimida esa oficina tuvo que separarse.

En 8 de Febrero de 1870 pasó á la Contaduría General de Glosa del Estado, habiendo sido electo Regidor del Ayuntamiento de la Ciudad.

No estando conforme el Sr. Castillo con la Administración del Sr. Gobernador Melquiades Carvajal, le fué admitida la renuncia que presentó en 18 de Octubre de 1872.

La Regeneración Nacional, ese hecho glorioso con que se enorgullece la historia patria, esa aurora esplendorosa que tuvo su oriente en Tuxtepec, guarda el nombre de nuestro biografiado. El soldado que supo luchar por su patria cuando la mancillaba el invasor, supo también empuñar las armas para defender la causa de los intereses nacionales.

Alistado el Sr. Castillo como Teniente de Caballería en la Brigada de Tlaxcala, estuvo á las órdenes del Coronel D. Próspero Cahuantzi.

En 16 de Septiembre de 1876 le fué conferido el ascenso á Capitán por el General Juan C. Bonilla.

Las luchas del partido que surgía para la regeneración y del que presentia la decadencia, cesaron. El triunfo de los hombres de Tecuac y Tuxtepec, de esos héroes que nos han dado paz pública, hizo volver al hogar doméstico al bravo luchador, al pundonoroso soldado.

El Ayuntamiento le confirió el cargo de Secretario en 1.º de Enero de 1878, cargo que desempeñó satisfactoriamente hasta que el Sr. D. Miguel Lira y Ortega le nombró miembro de la Junta Directiva de Instrucción Pública.

En 5 de Julio se le confió el mando del Batallón del

Estado, y en Diciembre del mismo año fué electo primer Regidor del Ayuntamiento.

El pueblo tlaxcalteca habia apreciado justamente lo que valia un compatriota tan distinguido como el Sr. Castillo, el que tantas pruebas de valor habia dado en el campo de batalla, y tantas de probidad y honradez en los diferentes empleos que se le habian confiado. Justo era que ese pueblo depositara su confianza en ese individuo y recibiera gustoso, como lo recibió, el nombramiento que se le hizo de Prefecto Político del Distrito de Zacatelco, cargo del que tomó posesión en 27 de Enero de 1879, y en el que permaneció hasta el 25 de Febrero de 1880, fecha en que se encargó de la Prefectura del Distrito del Centro, donde fué tan bien recibido como en la anterior y en la que permaneció hasta el 4 de Febrero de 1881, pasando á ejercer el cargo de Alcalde 2.º propietario, en 1.º de Marzo del mismo año.

En 17 del mismo mes que acaba de citarse, se encargó de la Recaudación de Rentas del Distrito de Zacatelco, yendo á sustituir, por superior disposición, en 8 de Julio, al Recaudador de Tlaxco, y al de Huamantla el 16, permaneciendo en este último empleo hasta Mayo de 85, en que tuvo que renunciar por enfermedad.

Apénas se restableció en su salud, fué electo Regidor suplente del Ayuntamiento en Diciembre de 1886.

En 9 de Junio del siguiente año fué nombrado Jefe de la Sección de Estadística y Archivo General. En 15 de Noviembre, Prefecto Político del Distrito de Calpulalpan, de donde pasó, en Octubre de 89, á encargarse de la Prefectura de Barron-Escandón, cargo que recibió en 1.º de Noviembre de ese año.

El Sr. D. Joaquin Castillo ha sido miembro de muchas Juntas, tanto Políticas como privadas, tales como la de Estadística de la República, la correspondiente en el Estado, para Exposiciones, y de la que se formó para reunir donativos con el objeto de erigir un monumento en el cerro de Guadalupe para inmortalizar el glorioso 5 de Mayo de 1862.

A las sociedades mutualistas, científicas y de instrucción, tambien ha pertenecido, dando la preferencia á las últimas, atendiendo eficazmente á las escuelas.

En cuanto á las mejoras materiales que bajo su influencia se han realizado en el Estado de Tlaxcala, seria prolijo enumerarlas en los reducidos límites de esta biografía; bástenos decir que en cada ocasión que el Sr. Castillo ha sido miembro del Ayuntamiento ó ha desempeñado el cargo de Prefecto Político, siempre ha trabajado sin descanso por dar á la población belleza y variedad en el ornato público, comodidad en sus vías de comunicación y todo género de medios de adelanto.

Creemos haber terminado ya nuestra misión, si no como biógrafos correctos, sí como escritores imparciales. Todo lo que dijéramos ya para acabar de delinear al Sr. D. Joaquin Castillo, seria inútil. Réstanos, para concluir, felicitar á las autoridades de Tlaxcala por la acertada elección que han tenido cada vez que han confiado un cargo público á persona digna por muchos títulos; lo merece, como lo ha demostrado siempre.

Despues de escritas las anteriores líneas, hemos sabido con pena que nuestro biografiado, quebrantado de su salud, se separó de la Jefatura para dirigirse á otro punto

con distinto empleo, con el exclusivo fin de mejorar y buscar alivio á la enfermedad que le agobia.

Hacemos votos por su pronto restablecimiento.

Próximamente nos ocuparemos del ilustre ciudadano que le ha sustituido por nombramiento expreso del Ejecutivo del Estado de Tlaxcala.

FRANCISCO REMIREZ GALERA.

CUANDO escribimos las biografías de aquellos hombres que por sus importantes servicios en pró de la civilización, hánse hecho acreedores á la estimación de sus conciudadanos y al agradecimiento de la posteridad, complácese nuestra pluma en trazar los rasgos de carácter, en narrar las proezas y en poner de relieve los altos méritos de esos mismos hombres.

Tal satisfacción experimentamos ahora que se trata de presentar á nuestros lectores á un gran patriota, á un soldado intrépido y á un funcionario lleno de rectitud y medida en el desempeño de sus públicas funciones.

La persona á que se contrae este ensayo biográfico, es el Sr. Francisco Remirez Galera, Jefe Político accidental del Partido de Tekax, Yucatán.

En la ciudad que lleva el mismo nombre del Partido que tan acertadamente gobierna hoy, nació el Sr. Remirez Galera el día 2 de Noviembre de 1840, es decir, ocho años ántes de que las hordas salvajes de los indios mayas lanzaran el grito de insurrección contra las autoridades establecidas y contra la raza blanca.

Fueron los padres de nuestro biografiado el Sr. Coronel Nicolás Remirez, que por su actividad en las campañas el